

El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta

Alejandro Cattaruzza

UBA, UNR, CONICET

Hace ya diez años, la versión inicial de este artículo fue publicada por la revista de historia *Entrepasados* en su número 13, de 1997; la mayoría de los argumentos que expongo aquí constituyen la recuperación de los que había planteado en aquella oportunidad. Debo agradecer a *Entrepasados* la posibilidad de volver a publicar este trabajo y también a Sergio Bufano la invitación a exponer estas observaciones aquí, en *Lucha Armada*.

Aquel primer escrito estaba fuertemente vinculado con varios seminarios de investigación referidos a las relaciones entre la política y la cultura en la Argentina, que dicté en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario durante la primera mitad de la década que comenzó en 1990. Buscaba estabilizar las lecturas realizadas en función de esas tareas y plantear puntos de partida que me parecían productivos para la investigación del problema que solemos denominar, de manera bastante incierta, “los años setenta”. Debo señalar que, en aquellos momentos, la bibliografía referida a él era notoriamente menor que la que hoy se encuentra disponible. La historia reciente, la historia oral, los estudios sobre la memoria y otras especialidades lo han convertido en un objeto de investigación mucho más transitado por los historiadores argentinos, que goza además de absoluto reconocimiento académico como prueban las becas y subsidios, las tesis de maestría y doctorales y los artículos en publicaciones científicas que le están dedicados. Es ocioso observar que esa legitimidad había sido conquistada mucho antes en el mundo político-cultural.

Al mismo tiempo, el trabajo era también el resultado de consideraciones sobre sucesos en los que yo mismo había participado, lo que suponía un desafío ya que esa dimensión estaba ausente en mis investigaciones habituales. Por entonces, además, no había comenzado a realizar tareas que llevé adelante en los años siguientes, a partir de 1998, y que han dejado su huella en mis posiciones frente a las cuestiones aquí asumidas. Así, participé de la organización de homenajes a los desaparecidos, de la búsqueda de información sobre ellos, del aporte de testimonios acerca del período; pude también observar el rigor con el que llevan adelante sus indagaciones varios de los organismos de derechos humanos, militancia esta última en la que no tenía ninguna experiencia, salvo la de movilización

Esas actividades terminaron teniendo efectos en dos niveles; por una parte, ratificaron mi opinión de que un análisis de la relación entre la cultura y la política en el período debe atender inevitablemente al carácter juvenil de muchos de sus actores. Por otra parte, hicieron nítido algo que en la versión de 1997 estaba más borroso: las distancias entre las operaciones intelectuales que reclama el discurso de la memoria y las que demanda el que aspira a producir el historiador, tal como concibo su tarea, y entre los resultados de ambas. No se trata de desconocer novedades metodológicas ni, mucho menos, de predicar un optimismo insensato en torno a lo que se acostumbraba a

llamar objetividad; tampoco de impugnar la apelación al recuerdo o la legitimidad del ejercicio de la memoria en un plano personal ni, desde ya, de cara a la sociedad y al universo político, en el que he intervenido, como señalé. Por el contrario, entiendo que el discurso de la memoria vale por sí, y no por su capacidad de explicar o su verosimilitud. Lo que se me reveló evidente fue, en cambio, que para el pensamiento que se pretende crítico, conviene tener presentes aquellas distinciones entre las series de prácticas involucradas en los dos procesos de construcción de representaciones del pasado.

Finalmente, deseo dedicar este artículo a Raúl Ocampo, desaparecido en noviembre de 1976, a los 21 años, luego de haber compartido conmigo no sólo muchas de las experiencias y de las certezas que aquí intento analizar, sino también la confianza en que cierto modo de pensar históricamente resulta útil para la comprensión del mundo; lo creíamos con fervor aún en aquellos días, cuando nos parecía –o quizás, era– tan urgente hacer uno nuevo.

I. El 20 de octubre de 1972, en tiempos de la dictadura militar encabezada por el general Lanusse, iba a celebrarse en el Luna Park de la ciudad de Buenos Aires un recital en el que habrían de participar varias bandas de músicos “progresivos”. Entre los convocados se contaban Litto Nebbia, Billy Bond, Aquelarre, Pescado Rabioso, pioneros del rock nacional en trance de hacerse masivo; de acuerdo con alguna fuente, alrededor de 4.000 jóvenes se encontraron allí. Las versiones sobre el recital difieren parcialmente, ya que según una de ellas, desde el escenario se convocó a quienes se hallaban en las tribunas populares a “tomar” las plateas, mientras que otras añaden que uno de los músicos se permitió sugerir, además, “rompan todo”. La represión policial fue rápida, y en la salida, tumultuosa, ya convertida en protesta casi política, militantes de la Juventud Peronista -que como los de otras agrupaciones empezaban a ver en los recitales la oportunidad para efectuar acciones de propaganda- encabezaron la destrucción de vidrieras, carteles de publicidad y semáforos.

Pocos años más tarde, hacia fines de 1974, en un pueblo del sur de la Provincia de Santa Fe, un grupo de jóvenes comenzaba a explorar senderos de la que por entonces era la cultura alternativa; eran no más de diez, de entre quince y veinte años, y cultivaban un aspecto leve y genéricamente hippie, acotado por los límites de la tolerancia local. La experiencia del teatro se encontraba entre las que llevaban adelante, recuperando tal vez sin saberlo una tradición antigua entre los activistas sociales y las vanguardias estéticas. La música que escuchaban e intentaban ejecutar seguía con celo las pautas del rock, fueran las del nacional, ya fortalecido con éxitos de ventas, o las

propuestas por extranjeros clásicos como The Doors, Janis Joplin, sin dudas los Beatles. A ellos se sumaba una vertiente folk más proclive a la denuncia social: Crosby, Still, Nash y Young, Joan Báez y Bob Dylan. En el grupo había también militantes de agrupaciones plenamente políticas: varios de ellos participaban en la Federación Juvenil Comunista, mientras otros, en cambio, eran miembros de la Juventud Peronista cercana a la organización Montoneros. El ocaso del emprendimiento, ocurrido en los primeros tiempos de la dictadura instalada en 1976, comenzó cuando se sucedieron allanamientos de algunos de los domicilios paternos. Los procedimientos policiales tenían como objetivo declarado -y en esta ocasión, probablemente verdadero- la represión de aquellos jóvenes sospechados de consumir drogas, lo que de hecho ocurría. En un golpe a ciegas, sin embargo, la policía fue a dar a la casa de una pareja de aquellos padres que se hallaba encuadrada en el Partido Comunista.¹

He elegido estas dos historias trucas, comunes, en la seguridad de que ellas son retazos de una trama mayor, o síntomas, si se prefiere la fórmula, de procesos sociales profundos. Como es sabido, entre 1966 -quizás 1969- y 1976 aproximadamente, la movilización social y la protesta obrera, estudiantil y, en general, popular, fueron intensas en la Argentina; ellas constituyeron un contexto en el que episodios como el del Luna Park y el del pueblo de la pampa gringa fueron frecuentes². Aunque no es sencilla la cuantificación en estos asuntos, es también altamente probable que los grupos políticos, entre ellos los radicalizados, estuvieran en etapa de crecimiento en lo que hace al número de sus miembros y simpatizantes, y que esa tendencia se acelerara luego del cambio de década y hasta 1974. A su vez, en el desarrollo de fenómenos como los evocados aparecían entremezcladas críticas diversas al orden de las cosas, acciones clásicas de la militancia tradicional de la izquierda con intervenciones públicas más informales, sensibilidades fundadas en la exaltación de la personalidad individual con otras de fuerte vocación colectiva, compromisos políticos que serían duraderos con actitudes críticas que resultarían efímeras. Uno de los actores más visibles de estos

¹ Agradezco a Valeria Manzano los datos acerca del recital del Luna Park, entre ellos el de la cantidad de asistentes, tomado de la revista *Gente*. En lo relativo a la experiencia santafesina, esta es una versión breve de los datos consignados en algunos apuntes, inéditos y sin concluir, de uno de los integrantes del grupo, y de los obtenidos en entrevistas con algunos de estos jóvenes. No he intentado, desde ya, poner en práctica los procedimientos de la historia oral, sino que he utilizado el material documental apenas como portador de algunas referencias.

² Aclaro que es ese período el que he denominado aquí “los años setenta”; la discusión de esta periodización puede ser de interés.

sucesos fue, precisamente, un sector social que, en las propias fuentes de época, aparecía agrupado en torno a un criterio etario: los jóvenes³.

A mi entender, es necesario concebir el proceso social de profundidad que he mencionado como el de organización de una “cultura juvenil de masas” en la Argentina, que se mostraba aquí proclive al ejercicio de algunas formas de crítica social y política⁴. Se trata, según entiendo, de un problema relevante que debe asumir quien pretenda historiar los setenta y es esta una de las proposiciones centrales que aspiro a plantear aquí. Resulta desde ya visible que es este sólo uno de los varios problemas de importancia para el período. También, que únicamente el uso de determinadas perspectivas permite efectuar una propuesta de este tipo; la productividad, en términos intelectuales, de seguir ejecutando una historia cultural concebida como un capítulo de la historia social es una de ellas. Un capítulo que no es el único, que tampoco contiene el secreto para el despliegue de una hipotética historia total, pero que resulta

³ Las series documentales correspondientes están saturadas de huellas en este sentido; en la cita 9 se retoma esta cuestión.

⁴ Sobre este asunto, aunque no se refiere a la situación local, y en lo que hace al sentido atribuido a tal noción, ver E. Hobsbawm: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, en particular páginas 322 y siguientes. Puede consultarse también *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barcelona, Ariel, 1978, capítulo V, que reúne trabajos publicados por Hobsbawm desde fines de los sesenta y hasta 1973. Indicaciones bibliográficas referidas a cuestiones que aquí se asumen pueden hallarse en Luis Britto García: *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, Caracas, Nueva Sociedad, 1991; Stuart Hall, *Los hippies: una contra-cultura*, Barcelona, Anagrama, 1970. Acerca de la bibliografía sobre el Mayo Francés, sugerimos consultar el elenco de textos propuesto por J- P. Bernard, "Un pensée 68?", en Pascal Ory [dir.]: *Nouvelle histoire des idées politiques*, Paris, Hachette, 1987; el citado *Revolucionarios*, de Hobsbawm, y Michel de Certeau: *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, México, Universidad Iberoamericana, 1995. Acerca de la situación argentina, y remitiéndome estrictamente a aquellos trabajos en los que se investigan cuestiones cercanas a las que proponemos aquí, lo que significa no mencionar la multitud de trabajos sobre la violencia política, el terrorismo de Estado o las organizaciones armadas, por ejemplo, véase entre otros Valeria Manzano: “Una historia de la cultura del rock en la Argentina, 1957-1991”, en Débora Paccini Hernández, Héctor Fernández L'Hoeste y Eric Zolov (eds.), *Rockin' Las Americas: La política global del rock en Latino América*, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2007 y “Sexualizing Youth: Morality Campaigns and Representations of Youth in Early 1960s Buenos Aires”, en *The Journal of the History of Sexuality*, 14:3, 2005; Sergio Pujol: “Rebeldes y modernos. Una cultura de los jóvenes”, en Daniel James (dir.): *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Tomo IX de la Nueva Historia Argentina, Bs. As., Sudamericana, 2003; Martín Barral, por su parte, ha examinado la actitud de algunos partidos de izquierda ante la aparición de aquella cultura juvenil en *Juventud e izquierda tradicional en la Argentina de los setenta: el PC a través de "Cuadernos de Cultura"* y *La cultura juvenil en la Argentina de los setenta: el caso de "La Chispa"*, ambos de 2005 e inéditos; a su vez, Isabella Cosse examinó cuestiones referidas a las relaciones familiares y la sexualidad en “La nueva paternidad en los sectores medios porteños. Cambios y continuidades entre 1950 y 1970” en *Estudios de Población*, vol. I, núm. 1, *Revista de la Asociación de Estudios de la Población Argentina*, en prensa; “Eva Giberti, padres y adolescentes en la encrucijada de los cambios. Entre la autoridad y la autonomía: las relaciones familiares en los sectores medios porteños en los años sesenta”, trabajo presentado Universidad Nacional de Mar del Plata en 2004, y en “Cultura y sexualidad en la Argentina de los sesenta. Usos y resignificaciones de la experiencia transnacional”, en prensa

imprescindible en tanto aspira a comprender cómo los hombres concibieron el mundo, su pasado y su futuro, y cómo esas concepciones actuaron sobre sus vidas⁵.

El efecto inicial de aplicar estos puntos de vista a los años setenta en la Argentina es su parcial reformulación, ya que así leídos, ellos aparecen vinculados a un clima internacional que ha sido abordado reiteradamente. Desde ya, no corresponde reducirlos a mera manifestación de un clima mundial, sino de hacerlos hablar de una sociedad peculiar; sin embargo, la internacionalización de la cultura de la juventud y el papel de los medios de comunicación en ese proceso, a mi juicio, no pueden dejar de tenerse en cuenta en el análisis de la Argentina del período. Los estudios disponibles, en cambio, no parecen haber atendido demasiado a estas cuestiones. El funcionamiento del sistema político, la relación entre el Estado y los grupos corporativos, la violencia en su dimensión política, la represión en el caso de la dictadura militar, han sido, en cambio, los temas privilegiados por historiadores, sociólogos, politólogos y periodistas. Pensar los setenta desde estas perspectivas y con estos ejes temáticos tiene un impacto directo en el modo de configurarlos como problema: la política, en sentido estrecho y analizada en la corta duración, tiende a transformarse en la clave explicativa global. Quedan así en la oscuridad episodios menos espectaculares que una manifestación, más sordos y opacos, de ritmo más lento, pero de gran importancia para la vida de las gentes; sus efectos, en tantos casos, resultan incluso más duraderos.

Existe, por otra parte, una inclinación a instalar a los activistas en el centro de la escena, reforzada hoy por la aplicación de los procedimientos de la historia oral a aquellos recortes temáticos privilegiados. Sin duda, quienes militamos jugamos un papel importante en el período, pero a nuestro alrededor se agruparon miles de jóvenes cuyas maneras de vincularse entre sí, de establecer relaciones afectivas y sexuales, de

5 No es este el lugar apropiado para asumir las discusiones sostenidas alrededor de las características, objetos y métodos de la historia de las ideas, la historia intelectual, la historia cultural y otras cercanas. Un recorrido sobre estos debates puede organizarse sobre los siguientes materiales, entre los muchos disponibles: [VV. AA.]: "Un dibattito sulla storia delle idee" en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, Roma, XI, número 3, 1990; Robert Darnton, "Intellectual and cultural history", en *The kiss of Lamourette*, New York, 1990; Ignacio Olabarri y F. Capistegui [dirs.]: *La 'nueva' historia cultural: la influencia del postmodernismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996; Jean-Pierre Rioux y Jean-Francois Sirinelli (dirs.): *Para una historia cultural*, Madrid, Taurus, 1999; Peter Burke: *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza, 2000; Justo Serna y Anacllet Pons: *La historia cultural. Autores, obras, lugares*, Madrid, Akal, 2005, y la encuesta de *Prismas. Revista de historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, número 11, 2007

enfrentar a la autoridad en el grupo familiar y fuera de él, se vieron modificados por compartir pareceres y actitudes que contribuyeron a sostener la “nueva ‘autonomía’ de la juventud como estrato social independiente”⁶.

II. La idea de que una entrada en clave generacional permite dar cuenta de asuntos importantes también para la historia argentina no sólo se apoya en la opinión de que fenómenos presentes en los países centrales -expansión numérica del sector juvenil; posibilidad de ampliación de la capacidad de consumo de segmentos de los grupos populares y sus sectores juveniles en el ciclo que comienza luego de la Segunda Guerra Mundial; crecimiento de la matrícula secundaria y de la universitaria- se verificaron aún parcial y patológicamente aquí. También se apoya en el parecer de que los jóvenes en cuestión procesaron masivamente su experiencia en tanto tales. Cómo cruzar esta pauta de identidad con otras fundadas en las pertenencias a clases o sectores sociales es una pregunta que sigue siendo pertinente y no reclama, para ser respondida, optar por una u otra.

Desde ya, había en la propia tradición cultural nacional, y en la latinoamericana, antecedentes de una actitud juvenilista: a comienzo de siglo XX, se los puede hallar en los textos modernistas; en los años veinte, a su vez, los emprendimientos político-culturales herederos de la Reforma Universitaria de 1918 se habían organizado en términos generacionales, aunque no exclusivamente. También las vanguardias estéticas, que en muchos casos estaban conformadas por elencos coincidentes con los de la militancia reformista.⁷ En una mirada todavía más amplia y de mayor duración que esta, Roger Hausheer, dando forma propia a razonamientos de Isaiah Berlin, ha sugerido que los hippies y los hijos de las flores “podrían presentar a Herder como su santo patrono”, en una búsqueda de enlaces con el temprano romanticismo europeo.⁸

Pero a fines de los años sesenta la tendencia se hizo masiva y el resto de la sociedad, los medios de comunicación, el mercado, los propios intelectuales jóvenes

6 Cfr. E. Hobsbawm: *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, página 326.

7. Ver, por ejemplo, el “Estudio preliminar” de Fernando Diego Rodríguez a la reproducción de *Inicial. Revista de la nueva generación*, que la Universidad Nacional de Quilmes publicó en 2003.

8. Cfr. R. Hausheer, “Introducción” a Isaiah Berlin: *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, Mexico, Fondo de Cultura Económica, 1983, página 38.

insistían en que el corte por edad era significativo⁹. Aún si se entiende que sus ritmos son distintos de los argentinos, un buen ejemplo de la situación europea es un trabajo citado desde el inicio en las bibliografías sobre el asunto: el libro *Poder estudiantil*, que Alexander Cockburn y Robin Blackburn compilaron en 1969. La obra apareció en inglés en la *New Left Review*, luego en Penguin Books y fue traducido rápidamente al castellano; entre los autores, los dos mayores eran Perry Anderson y Tom Nairn, de 29 y 31 años respectivamente, mientras la edad de los demás oscilaba entre los 20 y los 28. En México y Argentina, por esas mismas fechas, la editorial Siglo XXI organizaba el ya mencionado concurso en que se convocaba a participar a intelectuales jóvenes con ensayos referidos a cada uno de esos países.¹⁰ Sólo en carácter de indicio acerca de la situación local, debe registrarse también la aparición de las primeras revistas especiales para jóvenes, así como de acciones que buscaban hacer del sector juvenil un segmento de mercado específico¹¹. Quizás pueda agregarse la creación de muchos agrupamientos políticos que eran juveniles aun sin plantearse y la aparición, por primera vez como organizaciones de masas, de diversas formaciones de la Juventud Peronista.

Si se admiten los razonamientos anteriores, se hace posible considerar que también en la Argentina tuvo lugar la constitución de una cultura juvenil que, como se ha sugerido para otros ámbitos, “se convirtió en la matriz de la revolución cultural en el sentido más amplio de una revolución en el comportamiento y las costumbres”¹²,

9 Los trabajos de Valeria Manzano indican que, en ciertos aspectos, la reconfiguración de los lazos de la juventud con la cultura y la política, y su transformación en un actor de importancia, comienzan en la Argentina hacia fines de los años cincuenta, esto es casi una década antes de lo que yo mismo planteaba. Por otra parte, y a modo de ejemplo de esa construcción mediática de un actor juvenil identificable y visible, con atributos específicos, puede consultarse el diario *La Razón* de Buenos Aires, que al día siguiente del frustrado recital del Luna Park observaba que “nutridos grupos de jóvenes luciendo inverosímiles atuendos provocaron mayúsculo desorden”. El relato continuaba indicando que “algunos con el torso desnudo y algunas con minifalda” habían protagonizado los enfrentamientos con la policía, para aludir luego a los “jóvenes desorbitados de ambos sexos” que arrojaban proyectiles. Puede consultarse <http://www.magicasruinas.com.ar/revrock>. En una práctica cultural tan alejada de aquella a la que aludía el diario, Antonio Elio Brailovsky -ganador del concurso de ensayos convocado por la editorial Siglo XXI, que devino en el libro titulado *México y Argentina vistos por sus jóvenes*, aparecido en 1970, con el sello de la editorial y en México-, sostenía su doble identidad de joven e intelectual una y otra vez. Pueden verse, también como ejemplo, las páginas 15, 17, 20 y 21. Desde ya, estos documentos no deben ser leídos literalmente, imaginando jóvenes “reales” con las características atribuidas allí donde los plantean los textos, sino como evidencia de la circulación de determinadas percepciones acerca de ellos.

10 El trabajo de Cockburn y Blackburn fue publicado en Caracas por la editorial Tiempo Nuevo, en 1970.

11 La revista *Primera Plana* ofrece múltiples ejemplos de este fenómeno.

12 Cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, página 331

entramándose aquí con la movilización y la protesta social. El trabajo sobre las estadísticas disponibles permitiría corregir o ratificar el presupuesto de la transformación en las costumbres, e incluso percibir la profundidad de los cambios y su localización espacial, lo que haría posible retornar a la discusión acerca de las líneas de modernización -un término equívoco, pero admitido- en la sociedad argentina de la época¹³.

Es por otra parte probable que las subculturas juveniles fueran múltiples, y el índice de problemas a indagar debe incluir el de sus relaciones. De todos modos, en muchos de esos ámbitos la crítica a lo que, casi sin excepciones, se llamaba “el sistema” parecía estar muy difundida. Naturalmente, en quienes asumían una actitud militante más orgánica, esa crítica buscaba inscribirse en alguna tradición; la construcción de genealogías intelectuales por parte de estos activistas tendía a recuperar las líneas de reflexión que, desde los tempranos sesenta, venían sacudiendo a las formaciones de la izquierda, vieja y nueva. En el mundo de los intelectuales jóvenes, perseguía horizontes internacionales: Althusser, tal vez menos Marcuse, sin duda Fanon y Guevara, entre otros. Los grupos que provenían del catolicismo ya habían comenzado, años atrás, una reconsideración de la propia actitud ideológica que había llevado a muchos de ellos a una aproximación al marxismo y a un compromiso político con el peronismo; Camilo Torres, el encuentro de Medellín y Hélder Câmara eran referencias muy visibles¹⁴. Esta reconstrucción parcial ha sido ensayada ya en otras ocasiones; menos evidente resulta, en cambio, el universo de referencias de quienes, militando, lo hacían en grupos que puedan considerarse de derecha. Indagar la articulación de sus visiones con el clima generacional puede resultar de interés.

Pero en las franjas amplias de quienes no se habían incorporado a la lucha política, aquella crítica se apoyaba en conjuntos todavía más heterogéneos de autores, textos y referencias ocasionales que, en el marco de una industria cultural que continuaba en crecimiento, se hallaban disponibles en formas variadas. La vasta producción surgida del Mayo Francés, que incluía libros con fotografías y recopilaciones de graffitis; las

¹³ Véanse los trabajos de Valeria Manzano y de Isabella Cosse citados más arriba

¹⁴ Puede consultarse acerca del tema, entre otros, Claudia Touris: “Neo-integralismo, denuncia profética y Revolución en la trayectoria del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo” y Luis Donatello, “Aristocratismo de la salvación. El catolicismo ‘liberacionista’ y los Montoneros”, en *Prismas. Revista de historia intelectual*, Universidad Nacional de Quilmes, número 9, 2005

declaraciones de estrellas de rock denunciando la agresión norteamericana a Viet Nam, reproducidas por los diarios y la televisión; las letras de los temas de grupos de rock nacional como Alma y Vida, Pedro y Pablo o Almendra, que sin inconveniente se sumaban a Viglietti o Quilapayún; los posters de Guevara o los que incluían los poemas de Nicolás Guillén, que también circulaban en discos; los textos viejos o nuevos de Perón; la producción revisionista, desde José María Rosa a Jorge Abelardo Ramos; los trabajos de Hernández Arregui; los libros en rústica de líderes juveniles, entre hippies y miembros de la nueva izquierda, que fueron fugaces *best sellers*; todo ello constituía una “biblioteca” discontinua y heterogénea, cuya circulación pudo contribuir a alentar una actitud contestataria en expansión, imprecisa, errática quizás, en muchas ocasiones sin traducción política reconocible o de perfiles nítidos, pero que operaba efectivamente en la conciencia de aquellos jóvenes.

Es esta expansión lo característico, lo peculiar de los años setenta, y este punto es otro de los centrales en mis argumentos. La novedad mayor estaba en lo extendido de los grupos críticos y dispuestos a la movilización, antes que en la existencia de líneas de pensamiento del todo nuevas, aunque debe reconocerse que varias de ellas lo eran efectivamente. Es también probable que en la difusión se atenuaran los rasgos más agudos y disruptivos de aquellas posiciones; aún así la denuncia y la impugnación se convirtieron en una suerte de fondo común de actitudes entre muchos jóvenes, compartida parcialmente por los distintos agrupamientos sociales y políticos que los cobijaban.

De todas maneras, en la Argentina, donde la inestabilidad política era permanente desde 1955, y donde la proscripción del peronismo y la represión de la disidencia eran ya características duraderas en el mundo político, las objeciones severas al estado de las cosas parecían, al mismo tiempo, más difundidas que en otros períodos: no eran solo los jóvenes los disconformes. Como es evidente, el Cordobazo, por ejemplo, no podría ser entendido si se lo reduce a su dimensión juvenil, que seguramente tuvo también; visto desde las perspectivas de la conflictividad obrera y la movilización popular, se transforma en su episodio máximo¹⁵.

15. Sobre los problemas vinculados con la participación juvenil y estudiantil en el proceso abierto con el Cordobazo, consultar el sugerente artículo de Juan Carlos Torre "A partir del Cordobazo", en *Estudios*, Córdoba, número 4, julio/diciembre 1994.

Todavía queda pendiente el análisis de la relación entre la radicalización de la juventud y este otro proceso más amplio, que se vislumbra en datos puntuales referidos a un público integrado al mercado de bienes culturales. *Z*, la película de Costa Gavras que denunciaba el asesinato de un diputado opositor en Grecia, y *Queimada*, de Gillo Pontecorvo eran éxitos de público en el circuito comercial¹⁶. Pontecorvo era también el director de *La batalla de Argel*, que formaba parte de la enciclopedia obligatoria de cualquier militante, junto a *La hora de los hornos*, el proyecto que involucró a Fernando Solanas y Octavio Gettino. Por su parte, las listas de best sellers, cuya confección distaba de ser rigurosa, permiten sin embargo la reconstrucción de movimientos amplios entre ese público urbano. Ellas señalan que, entre 1968 y 1971 se leía -cuando menos, se compraba- una biblioteca también heterogénea: a fines de 1968, el *Manual de zonceras argentinas* de Arturo Jauretche se mezclaba con textos de Dani el Rojo y una recopilación de polémicas sobre Marcuse; también figuraba allí Louis Althusser. En junio de 1969, *El libro hippie* de Jerry Hopkins aparecía junto a *¿Quién mató a Rosendo?* de Rodolfo Walsh. Dos meses después, Marcuse se ubicaba junto al propio Walsh. Un contraejemplo, sin embargo, revela la cautela con la que deben tratarse estos datos: antes del éxito de *Z*, que lograba convocar a 170.000 personas en ocho días, la película más vista en una semana había sido *Operación Trueno*, de la saga de James Bond¹⁷.

Estas notas sobre las pautas de consumo masivo de bienes culturales eluden las dificultades de la recepción, si entendemos que aquel consumo nunca es solo tal cosa, y que los públicos otorgan, secreta y misteriosamente, sentidos diversos a los textos en cuestión. Reconstruir los ejercicios de atribución de sentido es siempre difícil para el historiador, aunque no imposible. En una primera aproximación, contamos con indicios de cómo los miembros de emprendimientos destinados a alcanzar aquellos públicos amplios y letrados leían y proponían leer producciones de este tipo; en esa propuesta de lectura es posible descubrir destellos de las propias sensibilidades políticas. Así, por ejemplo, en *Periscopio*, JPL firmaba un comentario sobre *Z* apuntando que era una obra

16 Ver, entre otras fuentes posibles, *Periscopio*, Bs. As., año I, número 35, 19/05/1970, página 13.

17 Véase *Primera Plana*, Buenos Aires, número 311 de diciembre de 1968, número 337 de junio de 1969 y número 345 de agosto de 1969; sobre *Z*, consultar *Periscopio*, citado.

“apta para los tiernos liberales”; agregaba luego: “La democracia griega (y no solo ella) consistía en destruir las libertades y la riqueza nacional, bendiciendo tanta abyección con un Parlamento y unas elecciones. Ese es, sin duda, un crimen, y de él participaba Lambrakis [el diputado opositor cuya muerte a manos oficialistas evoca la película] con su mandato legislativo. Su muerte, entonces, cobra un sentido especial que Vassilikos deja de lado: ella prueba que es el Sistema el que no sirve, no los hombres”. En 1971, un comentario de *Primera Plana* a *Morir de amor*, una película de André Cayatte, indicaba por el contrario, interpelando al propio director: "Quizás usted mismo sea un viejo liberal de la *ancient gauche*. Y eso: ¿Por qué tiene que estar mal?"¹⁸

Así, en un escenario donde eran muchos los grupos sociales movilizados y cada vez más decididos a oponerse a la dictadura militar de comienzos de los setenta, la cultura juvenil se iba constituyendo alrededor de una crítica al sistema. Venían a superponerse en este caso dos diagnósticos de naturaleza diferente, uno formulado por actores políticos y fuerzas sociales amplias y relativamente tradicionales, que apuntaba a aislar a la dictadura de la sociedad y situaba al conjunto de los partidos, -incluyendo al peronismo, cuyo reconocimiento se expresó en *La Hora del Pueblo*, constituida a fines de 1970, y culminó en el FREJULI- en un bloque antagónico con ella. Los jóvenes, a su vez, identificaban también dos espacios, que eran concebidos de modo diverso: el sistema y sus críticos; el imperialismo y los movimientos de liberación; los oprimidos y los opresores. Debe reconocerse que en no pocas versiones, la traducción de esos enfrentamientos universales a la situación local asumía la forma de una oposición entre el peronismo, algún peronismo, y el antiperonismo.

No era nueva esta tendencia a pensar la sociedad y la política divididos en dos bloques homogéneos y enfrentados en un combate que, suponíamos, debía ser final. Por el contrario, se alineaba con una actitud recurrente en la política argentina del siglo XX, aunque los tonos y los actores hubieran sido otros, más moderados. Una construcción de base muy semejante el radicalismo durante mucho tiempo, y luego el peronismo; el modelo aparece también en zonas de la izquierda en los años veinte y comienzos de los treinta. La cultura política argentina no parecía haber incorporado a su tesoro ideológico la noción de la existencia de posibles representaciones políticas plurales en disputa

¹⁸ Cfr. *Periscopio*, citado, página 48, y *Primera Plana*, Bs. As., IX, número 455, 19/10/1971, página 54

regulada; si lo había hecho, en estos años no parecía funcionar esa creencia. En un marco de dictadura militar, la apreciación favorable de la democracia en tanto conjunto de procedimientos institucionales que permitiera procesar conflictos más o menos pacíficamente no formaba parte del conjunto de imágenes que aquellos jóvenes poníamos en juego y en muchas ocasiones la propia democracia era vista como una eficaz y peligrosa pantalla que ocultaba las verdaderas relaciones de dominación, como proponía el citado crítico cinematográfico de Z. Combinadas, la desconfianza hacia los mecanismos de representación, reforzada por la proscripción del peronismo y más adelante de los partidos en conjunto, la identificación de combates que eran más importantes que los que podían librarse alrededor del funcionamiento de las instituciones tradicionales, y que además podían ganarse, y la imagen de los dos bloques hicieron que muchas de las versiones juveniles del problema político argentino fueran notoriamente sumarias.

Es probable que contribuyera a ratificar estas inclinaciones uno de los procesos más interesantes de los que se desplegaron en el mundo intelectual en la Argentina: el de reinterpretación del peronismo por parte de algunos grupos de izquierda, que se insinuaba ya desde los años que siguieron al golpe de Estado de 1955¹⁹. Suele admitirse que esa relectura fue animada, entre otros fenómenos, por los planteos que desde el propio movimiento derrocado realizaban Cooke y otros activistas del peronismo revolucionario así como por la experiencia cubana. La colaboración de militantes peronistas y de izquierda en el seno del sindicalismo combativo, en particular la desplegada en la C.G.T. de los Argentinos, brindaron la ocasión para nuevas consideraciones en el mismo sentido. Muchos de los núcleos militantes que actuaron hacia 1970 heredaron las líneas de aquellas reflexiones.

Pero en otra dimensión, la masividad que, como forma identificatoria juvenil-popular, adquirió la Juventud Peronista hacia 1972, llegando a incluir vastos sectores de los "grupos medios", cuyas relaciones con el peronismo no habían sido sencillas, no puede ser explicada sólo por aquella reflexión teórica. Puesto en otros términos, el desafío es comprender cómo muchos jóvenes lograron construir imaginariamente un

19 Se sugiere la consulta de Oscar Terán: *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina*, Bs. As., Puntosur, 1991

peronismo capaz de contener las inquietudes que los agitaban, incluso aquellas que iban más allá de la política: “hacerse peronista -señalaba un joven militante de izquierda convertido hacia 1970- servía para acercarse a los trabajadores y también para pelear con tus padres”²⁰. Un movimiento proscrito, que exhibía sin dudas un fuerte componente obrero y popular, se convertía en esa versión en un elemento más de la tensión intergeneracional. Naturalmente, también en este asunto se revelan las líneas de pertenencia a agrupamientos sociales diversos: es probable que para muchos jóvenes miembros de los sectores populares y obreros la identidad peronista viniera a continuar la tradición familiar.

A su vez, la fuerte presencia entre las nuevas y viejas agrupaciones políticas de núcleos de militantes que se habían forjado en la universidad, permite el bosquejo de algunas conjeturas. La salida de los universitarios a la sociedad, que alentaba los intentos de inserción en la fábrica y en el barrio, espacios míticos a los que se llegaba con una actitud que atribuía a sus habitantes los mejores saberes y virtudes, ¿puede ser vista como una herencia lejana del anhelo de ciertos reformistas, puesto en acción de un manera tal que sus iniciales impulsores hubieran sido incapaces de reconocer?

III. Los argumentos que he venido sosteniendo señalan que la emergencia, hacia fines de los años sesenta, de una cultura de la juventud en la Argentina constituye un hecho de importancia. Esa cultura juvenil asumió un tono crítico frente al orden social y político; la nota distintiva fue lo extendido de esa actitud de impugnación, que desbordaba los límites de los grupos políticos. Es ese espacio, vasto, tantas veces contradictorio, el que resulta específico de la coyuntura, mucho más que las subculturas militantes de cualquier signo; sobre él debería desplegarse a mi juicio el esfuerzo de investigación. Así, las pregunta que me parecen más relevantes refieren, antes que a los presupuestos ideológicos de una organización armada o a los de aquellos jóvenes que partían hacia El Bolsón en busca de una alternativa a la sociedad urbana, a los de muchos otros que los veían con simpatía, asumían sólo algunas de sus propuestas, y combinaban sin mayor reparo ideas, fragmentos de tradiciones y posiciones ideológicas que hoy parecen imposibles de conciliar.

20 Entrevista realizada a FD en 1989

Sin embargo, se puede detectar en ese mundo de creencias juveniles un núcleo de certidumbres compartidas, muy primordiales en su formulación, expuestas sin demasiado detalle, pero sólidas y sobre las cuáles casi no se dudaba. Quizás sean semejantes a lo que Collingwood denominaba “constelaciones de proposiciones absolutas” y fueron ellas las que organizaron el imaginario juvenil. Incluso puede suponerse que resultaron la condición de posibilidad para que pensamientos tan diversos sostuvieran prácticas parcialmente comunes.

Una de estas convicciones compartidas entre los grupos militantes más formalizados indicaba que el sistema era esencialmente injusto. Esta presunción adoptaba distintas fórmulas, que podían reconocer estirpes ideológicas variadas y hallaban en la explotación, el imperialismo, la alienación, la transformación de las relaciones humanas en relaciones de poder, las evidencias de aquella injusticia²¹. Era corriente suponer, por otra parte, que el sistema estaba basado en una violencia inicial, primordial. Esta presunción de existencia de una violencia inicial generaba un efecto importante: contribuía a reforzar las posiciones de quienes sostenían la necesidad o la posibilidad de derrocar al régimen a través de la lucha armada. En otro plano, se registra que el pacifismo, actitud difundida en muchos movimientos juveniles de los países centrales, sobre todo en los Estados Unidos, no parece haber sido un elemento destacado en la Argentina.

Esta cuestión de la violencia permite ofrecer alguna opinión. Tanto en los trabajos académicos como en opiniones de circulación mucho más amplia, se planteó a menudo que la violencia guerrillera fue entre 1970 y 1976 un rasgo específico del período; en versiones que, ocasionalmente, continúan el relato anterior, el terrorismo de estado instaurado oficialmente en 1976 constituye casi una respuesta natural a aquella

21 Ver, acerca del tema de las “realciones humanas”, Michel de Certeau: *La toma de la palabra y otros escritos políticos*, citado, página 76. En lo que hace a la presencia en la izquierda argentina de líneas de pensamiento que insistieran en que “no hay crítica convincente del orden social que no incorpore como una de sus dimensiones centrales la crítica de la vida cotidiana”, consultar Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Bs. As., El Cielo por Asalto, 1996. La cita, que evoca planteos de Marcos Kaplan realizados ya en 1960, en página 145. En el artículo que hemos mencionado ya, Antonio Brailovsky sostenía que, en tanto jóvenes, “tampoco podemos permanecer insensibles ante un sistema fundamentalmente injusto, vitalmente injusto, en cuanto pone a las cosas por encima de las personas”. La cita, en página 21.

amenaza, en lo que Mario Ranalletti ha llamado, críticamente, la “tesis del caos reinante”²². Es en principio difícil desestimar la percepción de la violencia política como uno de los elementos propios de este problema, y no es esa mi intención. Pero es necesario precisar aquello que se entiende característico del período, fuera del dato visible, y sin dudas decisivo, de la presencia de organizaciones armadas que aspiraran a reemplazar un orden social por otro. La violencia en la Argentina de los sesenta no habla estado ausente, fuera bajo la forma de la Resistencia Peronista o de su represión; los primeros intentos, pobres, de establecer focos de guerrilla rural tuvieron lugar también por entonces. Los últimos años de los gobiernos del propio Perón habían sido el momento de atentados contra manifestaciones oficialistas, bombardeos de la población civil, quema de iglesias... Tampoco debe olvidarse que en los primeros años de la década de 1930 zonas de la militancia radical y parte del aparato partidario se hallaban complicados en la protesta armada, desde ya, con objetivos más modestos que la construcción nacional del socialismo, pero en actividad clandestina sostenida y siempre fracasada hasta 1935.

Si se toma nota de estos elementos, debe intentarse una explicación que eluda la tentación de la reducción cuantitativa, cuyo núcleo menos sofisticado indica que la violencia en los setenta era peculiar porque los atentados eran muchos. La estrategia, desde ya, no puede consistir en suponer que la violencia política fue un fenómeno siempre igual a sí mismo; quizás la operación a realizar consista en identificar como problema el de la violencia en el sistema político argentino a lo largo del siglo XX.

Otro de los puntos sobre los que no dudaban las distintas franjas de aquella cultura juvenil era la que refería a la posibilidad de impulsar un cambio profundo, que en realidad se hallaba casi al alcance de la mano: la revolución era deseable y al mismo tiempo cercana. Naturalmente, los modelos de sociedad que habría de nacer de esa

22 Véase Mario Ranalletti, *Notas sobre la visión de la historia argentina reciente*, mimeo, 1995. El mismo autor ha analizado las imágenes que, sobre el período, se han propuesto desde el cine en “Apuntes sobre la construcción del relato de la historia argentina reciente en el cine (1983-1989)”, en: *Film-Historia*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Vol. VIII, N° 1, 1999. Se recomiendan también los varios balances bibliográficos que figuran en la Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente, www.riehr.com.ar, que presumo organizados por Marina Franco y Florencia Levín, así como el trabajo de Luis Alberto Romero: “La violencia en la historia argentina reciente: un estado de la cuestión”, en <http://historiapolitica.com>

transformación diferían entre sí, y en su divulgación los militantes de mayor formación y compromiso tenían un papel destacado. Para las izquierdas argentinas y las latinoamericanas, o para gran parte de ellas, la revolución cubana había activado aquella vocación que combinaba confianza en la llegada del futuro con apelaciones a la acción para acelerarla. Pero los militantes también contaban con otros nortes en la geografía de la revolución: China, la Unión Soviética solo para los miembros del Partido Comunista; Argelia y Viet Nam en clave de guerras de liberación nacional triunfantes²³. La derrota del sistema sería, desde ya, final; en esa fórmula, se hace difícil deslindar las nuevas presencias de los elementos heredados de la cultura política argentina.

Las certezas que evoco circulaban también, con perfiles menos nítidos, como era previsible, por fuera de las agrupaciones políticas; allí las dimensiones del cambio previsto y deseado probablemente fueran más íntimas, y han dejado huellas más esquivas para el historiador. Sin embargo, con frecuencia se las consideró conectadas de algún modo con aquella otra transformación social. Así, una cuestión cuya resolución solía ser inestable era la de la relación entre la idea de formar parte de un movimiento de liberación colectivo y la asignación de dimensiones individuales a la emancipación. Eric Hobsbawm ha señalado, en lo que parece ser una reflexión sobre el caso europeo pero con aspiraciones de validez más amplias, cuyos tonos no ocultan la ironía, que “la liberación personal y la liberación social iban [...] de la mano y las formas más evidentes de romper las ataduras del poder, las leyes y las normas del Estado, de los padres y de los vecinos, eran el sexo y las drogas”²⁴

Puede que eso ocurriera con parte de los sujetos sociales a los que he aludido, y que el argumento logre dar cuenta de actitudes asumidas en el seno de aquella cultura juvenil. Sin embargo, para los militantes de grupos muy reducidos o del aparato militar de una organización, el problema era diverso²⁵. Allí, la subordinación a la causa se había

²³ Acerca de Argelia, pero en lo referido, fundamentalmente, al pensamiento de las Fuerzas Armadas, consultar Mario Rannalletti: “La guerra de Argelia y la Argentina. Influencia e inmigración francesa desde 1945”, Anuario de Estudios Americanos, Sevilla, n° 62-2, 2005 y “Une présence française fonctionnelle: les militaires français en Argentine après 1955”, en *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, Nanterre, n° 67, Julio-septiembre 2002.

²⁴ Cfr. E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, citado, página 334.

²⁵ En lo que hace a aspectos culturales de la militancia armada, puede consultarse el interesante trabajo de Pablo Pozzi: “Los perros: la cultura guerrillera del PRT-ERP”, en *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, número 2, 1996, así como el de Vera Carnovale: “Postulados, sentidos y tensiones de

impuesto, naturalmente, a otras cuestiones, lo que resultaba del todo razonable en virtud del tipo de lucha que habían adoptado. Esta era, por otra parte, una vieja actitud de la izquierda, en la que de manera polémica insistía Hobsbawm hacia 1973, dibujando una vez más el horizonte de sus preocupaciones como revolucionario y la envergadura de sus interlocutores: “Quien crea que la moralidad de los viejos militantes anarquistas era libre y fácil no sabe de que está hablando. El amor libre (en el cual creían apasionadamente) significaba no beber alcohol, no tomar drogas y practicar la monogamia sin estar casados”. Debe tenerse en cuenta, además, que es altamente probable que la cultura política de la izquierda tradicional recibiera, en la mayoría de los casos, con mucha prevención aquellas prácticas juveniles; en este sentido, pudo ocurrir que sus partidos hayan jugado, o intentado jugar, un papel de integración y disciplinamiento frente a la sociabilidad juvenil en transformación. Más allá del éxito o del fracaso de ese esfuerzo, es allí donde se inscriben también los reglamentos y disposiciones que las organizaciones armadas establecieron en muchos casos hacia sus militantes²⁶.

La idea que indicaba que el sistema no podía -ni debía- ser pensado desde su centro formaba parte de la constelación de creencias juveniles. Este supuesto, en cualquiera de sus versiones, recorre ciencias sociales, subyace en propuestas políticas, sostiene prácticas culturales. Así como el hippismo insistía, al menos declamatoriamente, en la retirada de la ciudad moderna como una condición para hacer eficaz la denuncia de sus males, los teóricos de variado tipo de revoluciones “de la periferia al centro” hallaban en las masas campesinas, y aún en los grupos marginales, los sujetos del cambio social. Los grupos de rock y sus seguidores discutían cómo crear sistemas de difusión alternativos a los de las grandes empresas, muchos intelectuales se esforzaban por pensar “desde el oprimido” y aun las versiones más toscas de la teoría de la dependencia insistían en las ventajas que los países capitalistas e imperialistas otorgaban a sus propias clases obreras, sobre la base de la explotación de las naciones colonizadas, en las que afincaba la única posibilidad revolucionaria.

la proletarianización en el PRT-ERP”, en *Lucha armada en la Argentina. Historia. Debates. Documentos*, año 2, N° 5, Buenos Aires, febrero 2006,

26 Cfr. E. Hobsbawm, *Revolucionarios*, citado, página 307, en referencia a la moral anarquista. Los trabajos citados de Martín Barral analizan las complicadas tomas de posiciones de dos formaciones de izquierda ante la cultura juvenil.

En los grupos de jóvenes que asumían la militancia política, es posible que resonaran los ecos de las propuestas de Fanon. Con esa presencia vino a coincidir otra actitud, expresada en lenguaje menos formal, que recogía viejos tópicos del pensamiento occidental remozados. La recuperación de las supuestas culturas nacionales o regionales, que se entendían oprimidas por la acción imperialista, formó parte de ese sistema de creencias. En el caso de la Argentina, la presencia del peronismo debió alentar esas líneas de pensamiento que podían devenir en posiciones que con precaución podemos llamar nacionalistas. También en la izquierda, y ya en la etapa anterior, de acuerdo con muchos autores, se había asistido a la nacionalización de muchas formaciones políticas, en un proceso que se prolongó hacia los años setenta, y todavía bastante más allá.

Tal vez uno de los mayores desafíos, y por ende uno de los frentes de investigación y reflexión más importantes, sea lograr una explicación satisfactoria acerca de los modos en que ideas, imágenes y supuestos tan diversos como los que he mencionado lograba articularse; se puede suponer, incluso, que resulte más pertinente indagar si efectivamente lo hacía. Isaiah Berlin ha propuesto una clave que, a mi juicio, deja cuestiones abiertas, pero que ofrece la posibilidad de seguir una pista de mucho interés. En un trabajo sobre Sorel, Berlin confronta el pensamiento del autor que analiza con el de quienes alentaban la “intranquilidad radical” a comienzos de los setenta: los Panteras Negras, Fanon, Guevara, Mao, entre otros grupos e intelectuales movilizados. Mas allá del resultado del contrapunto, Berlin entiende que “los jóvenes revolucionarios de nuestro tiempo” impulsan “una revuelta en contra del ideal racionalista de un armónico sistema social feliz [...] en el que las cuestiones últimas están reducidas a problemas técnicos, solubles mediante técnicas apropiadas. Esta es la visión de un mundo cerrado que repele moralmente el joven de hoy”²⁷.

IV. Hacia 1993, Jim Sheridan evocaba la historia de Gerry Conlon a través de su película *En el nombre del padre*, que retomaba un libro autobiográfico. La historia que quiero recordar comienza con Daniel Day-Lewis, como Conlon, robando chatarra por los techos de Belfast a comienzos de los setenta; mientras lo hace, simula tocar una pieza de rock con una guitarra eléctrica imaginaria que es en verdad un tubo. Las

²⁷ Cfr. Berlin, citado, página 414

fuerzas de ocupación inglesas están vigilando la ciudad y sus miembros confunden el artefacto en cuestión con un arma. Suponiendo que Conlon es un francotirador, no descubren al auténtico; precavidos, disparan sus fusiles y en la huida los ladrones van a dar a una casa donde oculta armamento el IRA, cuyos militantes ponen en marcha una operación casi insurreccional para cubrir no a los ladrones sino a las armas de la organización. La escena termina con un breve levantamiento barrial, reprimido por las fuerzas inglesas, en el que el propio Conlon participa con entusiasmo. Apremiado por los militantes a quienes ha puesto en riesgo, Conlon parte hacia Londres, para recalar en una comunidad hippie; de uno de los jóvenes que vive allí saldrá la denuncia, infundada, que lo convertirá en el responsable de un atentado particularmente sangriento realizado por el IRA en 1974.

Es este complejo de malos entendidos, gestos heroicos e inesperados cruces una metáfora sumaria de los setenta, como los he planteado aquí. Marginales vagamente nacionalistas, militantes clandestinos de moral rígida, simpatizantes de la organización que al tiempo son fumadores de marihuana y hippies, sublevaciones barriales que mezclan motivos sociales con diferenciaciones nacionales organizadas en términos culturales. Es esta, a mi juicio, la trama que debe explicarse también para la Argentina, y ella señala varios de los problemas a indagar. Es posible, si se despliegan investigaciones sobre estos asuntos, que se pueda comprender más acabadamente la apelación que Leopoldo Marechal, joven vanguardista en los veinte, luego católico, más tarde hombre del peronismo y defensor de la Cuba revolucionaria, lanzaba en su novela *Megafón, o la guerra*, aparecida en 1970: a la continuación de la gesta de su héroe muerto, decía Marechal, “serían invitadas las nuevas y tormentosas generaciones que hoy se resisten a este mundo con rebeldes guitarras o botellas Molotov, dos instrumentos de música”²⁸

²⁸ La cita, cuya mención agradezco nuevamente a Vera Carnovale, se halla en la página 366 de la edición que Sudamericana publicó en Buenos Aires en 1970